

COMUNICACIÓN INTERCULTURAL Y PERIODISMO DE ACTUALIDAD. (IN)DISCIPLINAS E (IN)DEFINICIONES PARA UNA *DECONSTRUCCIÓN* CRÍTICA DE LOS MEDIOS

Rodrigo BROWNE SARTORI
Universidad Austral de Chile (Valdivia)

Resumen: En primer lugar, el presente artículo tiene el propósito de re- visar y re- visionar las definiciones “disciplinarias” que en torno a la comunicación y el perio- dismo se han impuesto hasta la fecha. Posteriormente y a partir de esta reflexión, *deconstruir* lo establecido en torno a dichos conceptos y estimular, por medio de estudios interculturales, una re-lectura desde el potencial carácter indisciplinado e indefinido que en ellos se puede vislumbrar. Finalmente, dicha investigación buscará analizar cómo el mercado –patrón de las “normativas” de las *sociedades de control* (Deleuze, 1996)– se apodera de las instancias producidas tanto por los medios de comunicación como por la propia figura del Estado.

Palabras claves: comunicación, periodismo, interculturalidad, actualidad, realidad, deconstrucción.

Abstract: This article intends to re- visa and re- view the “disciplinary” definitions which, related to communication and journalism, have been constructed so far. Sub- sequently, and starting from this reflection, our task is to *deconstruct* what has been established around those concepts and stimulate, through intercultural studies, a re- reading from the potential indisciplinatory and undefined character that can be dis- cerned in them. Finally, this research will look forward to analyse in what way the market –master in the regulations of the *Societies of Control* (Deleuze, 1996)– takes over the instances produced not only by the communication media but also by the figure of the State itself.

Keywords: communication, journalism, interculturality, current events, reality, deconstruction.

Hacia una (in)definición de comunicación y cultura

La comunicación no tiene definición. O, tal vez, las definiciones para la comunicación son tan excesivas que en esta abrumadora sobredosis se anulan por sí mismas. Es imposible recabar y menos plantear un diálogo –aunque sea crítico– entre cada una de ellas. No se puede porque no hay registros posibles y quienes trabajan en dicho ámbito no logran reconocer todos los planteamientos que en relación a ésta se han propuesto. Miquel Rodrigo Alsina (2001b) trata de poner las cosas en su sitio al intentar rayar la cancha sobre este respecto, explicando que la pluralidad paradigmática no es novedad en el campo de los trabajos en torno a la comunicación y asegurando que –de acuerdo con Mattelart y Mattelart (1997)– permanentemente están resurgiendo viejos debates sobre temas que, en su momento, parecieron resueltos.

Escuelas, teorías, centros de investigación, sitios web, observatorios, entre otros, definen la comunicación desde diversos puntos de vista, miradas y precedencias que, incluso, lo más destacados estudiosos de la “disciplina” no logran aglutinar en un lugar común, en un conjunto de páginas o documentos que expongan –más allá de las diferencias– “otras” y desconocidas –para la realidad occidental– iniciativas comunicacionales. Por ello, es fundamental discutir, desde la incertidumbre, las recetas y fórmulas incuestionables que tratan de orientar un entendimiento lineal que “corta las alas” frente a la mirada de un hecho específico, ya sea desde la realidad (inter)subjetiva o desde los propios estudios de las comunicaciones y sus ilimitadas definiciones. Así lo plantea Rodrigo Alsina (2002: 1 y 2) a partir de la enseñanza universitaria de las Teorías de la Comunicación:

El estudiante ha de empezar a sentirse desbordado por la incertidumbre. El pensamiento complejo nos exige una aproximación flexible a la realidad social. En ocasiones, en la asignatura Teorías de la Comunicación algún estudiante pregunta desconcertado. “Pero, de todas las teorías que has explicado ¿cuál es la teoría buena?”. Hay que romper ese maniqueísmo teórico. No hay que confundir la eficacia explicativa de una teoría con su supuesta “bondad”. Debemos hacer entrar en crisis esta búsqueda de lo incontestable, lo incuestionable, lo unívoco. Hay que transmitir a los estudiantes la idea de que, para un espíritu crítico, son más importantes las preguntas que las respuestas (...) En resumen, se trata de no transmitir conocimientos como si fueran dogmas sino propuestas que consideramos que, por el momento, son suficientemente válidas.

Sobre esto, no se pueden desmerecer las interesantes proyecciones teórico-prácticas que han tratado de reunir lo que se encuentre y reconozca como comunicación dentro de un perímetro de estudio acreditado y, por lo mismo,

supeditado a márgenes de acción controlados y vigilados. Limitados círculos de operación que se detienen en las escuelas más canonizadas y no hacen el esfuerzo por transgredir las fronteras de lo formal/normal y escuchar voces desde la ajenidad en virtud a las teorías, epistemologías, metodologías y prácticas de la comunicación.

Por otra parte, los afanes –en miras a una definición– por apellidar a la comunicación no han sido pocos. También diferentes escuelas han buscado alternativas para condimentar a este concepto necesario, útil y vital para el “estar en” contacto “entre” unos y otros. Más allá de la desgastada, reduccionista y lineal fórmula E-M-R y de las básicas lecturas etimológicas del poner “en común” (nimias para quienes enseñan las teorías en la materia), se puede observar que las comunicaciones en su definición y en su forma de aplicación son cada día más numerosas y variadas. “La comunicación ‘es’ todo aquello que no es... Por ello la comunicación son y somos muchos...” (Silva Echeto y Browne, 2005a: 219). Desde los modelos de la comunicación, pasando por la comunicación humana, de masas, social, científica, natural y artificial, educación, interacciones comunicativas hasta sus aperturas interpretativas a partir de los estudios culturales y las lecturas postestructuralistas no se ha logrado dar con el apelativo perfecto y exacto. Incluso hay fuertes disputas por la necesidad de colonizar el concepto desde un apellido que le acompañe –en la “definición definitiva”– hasta las últimas consecuencias.

Tal vez, y desde una lectura sencilla y no menos plural, sería oportuno dejar la palabra “comunicación” sin definición absoluta (rompiendo con las malas costumbres de la modernidad y sus herencias en lo “post”) y con la libertad de ser apellidada de acuerdo a las intenciones de quién desee trabajar bajo una noción tan amable como críptica y tan compleja como contingente. Logrando habilitar una indefinición en virtud a una riqueza comunicativa que se quiere explicar y ejemplificar más que definir e imponer como verdad del *establishment* determinado por los cánones y los canónicos de turno. La indefinición de comunicación como primera ventaja comparativa frente a UNA definición que alimenta –como se expondrá– agotadas “construcciones de (ir)realidad/actualidad”, sobre todo y a través de los medios de comunicación y el periodismo de actualidad.

Normalmente, en los tradicionales ejercicios informativos se define como exitoso un o varios actos comunicativos por medio de un intercambio de códigos entre quienes emiten y reciben un determinado mensaje. En pocas palabras, el modelo se limita a un acto comunicativo sin ruidos ni interferencias (Israel Garzón, 2004). Se lucha por un código pulcro, limpio y sano. De

acuerdo con esta postura descansan gran parte de los estudios de la comunicación y la información que circulan en los límites académico-institucionales que “existen” en torno al tema. Postura que, sin detenerse en potenciales alternativas, evidencia que la exacta y precisa codificación en el acto comunicativo puede –y sólo puede– entorpecer la misma, marginando, además, a los actores principales de la acción. Acto que depende sólo de uno o varios códigos que, en ocasiones, pueden opacar el tan mentado propósito dialógico del ejercicio en cuestión. Vale decir, desde los planteamientos y definiciones de la comunicación “con mayúscula” es necesario que los códigos se trasladen de la manera más cuidada y sin contaminaciones posibles, anulando la opción de interpretar fuera de la norma y estimulando actos de in-comunicación porque, sencillamente, no se entiende lo que se quiere decir y/o viceversa....

La primera: la demolición de la corporeidad y de los espacios que la protegen, esto quiere decir, la destrucción de la realidad tridimensional por medio de transformaciones de los cuerpos en abstractos trazos verticales. La segunda razón: la pérdida de los vínculos con otro ser (una vez que los vínculos elementales que construyen nuestra naturaleza humana son necesariamente horizontales); esto quiere decir, la renuncia de la capacidad de comunicarse, abriendo los espacios para la libre escalada de la incomunicación (Baitello Jr., 2005: 10).

Para Víctor Silva Echeto (2006: 3), este fenómeno se traduce en un desesperado nihilismo que se torna en una degradación de la información y, además, precisa que –siguiendo los aportes de Baitello Jr.– mientras crece y evoluciona el perfeccionamiento de los recursos que tiene el hombre para comunicarse con el mundo, también aumentan sus incapacidades, boicots, trabas, incrementando espacios de in-comunicación. Basado en algunos postulados de Jacques Derrida (1998), Silva Echeto defiende que la comunicación no puede ser reducida ni empobrecida a un lenguaje, ni a un código, ni a una semiótica cualquiera, “(...) ya que ellas no pueden dar cuenta de su riqueza y de su diseminación”.

En síntesis y resumiendo lo antes expuesto, el código y su certera traslación desde los “emisores” a los “receptores” es el que garantiza una buena comunicación. Pero, ¿una hipercodificación –tratando de ir más allá de lo propuesto por Eco (1990)– no será más *enactiva* para una mejor comunicación? Se entiende que dicho proceso será más confuso, enredado y caótico. Pero, ¿no está en la complejidad la riqueza? “La Teoría del Caos, contemporáneamente, ha puesto las cosas en su sitio (o en su no sitio) al revalorizar el desorden como generador de distintos tipos de órdenes y la entropía como el caos que permite aumentar inesperadamente los niveles de información que circulan” (Silva Echeto y Browne, 2005a: 210). Nuevo ajuste a considerar:

el ruido y la interferencia pueden ser una segunda ventaja comparativa en beneficio de una mayor información a la hora de seleccionar lo comunicado. Y así comunicar desde los intersticios de unas “comunicaciones otras”, unas comunicaciones ajenas y críticas de las tradiciones y cargas conceptuales que al propio término/concepto le han acoplado de facto.

Lo dialógico, por tanto y a la luz de lo desarrollado, se desenvuelve en el momento en que se pueden elegir diferentes alternativas a la hora de “entender” unos mensajes específicos y no, inevitablemente, cuando se obliga a interpretar de una manera fijada por medio de códigos ya resueltos e instaurados por quienes quieren que se “lea” de esa manera determinada. He ahí –y se acentúa bajo un sentido crítico peyorativo– el resultado de las “construcciones sociales de la realidad”, partiendo de la base que, desde una sociedad disciplinaria (precontrol), la realidad existe de forma objetiva y fuera del alcance de los sujetos.

Para fundamentar esta última explicación (no así definición), se puede recurrir a la diferencia que Vilém Flusser (2004: 1) realiza, desde la comunicación, entre lo natural, lo artificial y su relación con la cultura. La comunicación [humana] “(...) descansa sobre artificios, sobre invenciones, sobre instrumentos, esto es, sobre símbolos que han sido ordenados en códigos. Los hombres no se entienden los unos a los otros de un modo ‘natural’. Al hablar no salen tonos ‘naturales’ como en el canto del pájaro, y el escribir no es tampoco un gesto ‘natural’ como el baile de las abejas”.

De lo anterior, se puede desprender que dicho intelectual judío-checo-brasileño pone sobre la mesa un tema fundamental en la presente discusión: la mediación casi obligatoria que ha tenido el hombre para construir socialmente realidades y para orientar las lecturas e interpretaciones que se deben realizar sobre actos determinados, consiguiendo, con esto, establecer un recorrido sobre –punto central para las Teorías de la Comunicación¹– el análisis de las sociedades que les/nos rodean. Esta mediación, en suma, es comprendida por Flusser como un acto de artificialidad de la cultura, el arte o la propia humanidad. Sin olvidar, por supuesto, que la cultura –aunque se trate como natural (en segundo grado)– es una construcción del Hombre.

1. “Si aceptamos que ‘teorizar es pensar, crear, relacionar, contrastar, imaginar’ (Sandoval, 1993: 12), siguiendo a Carlos Sandoval (1993: 15) podríamos señalar que algunas de las tareas del teorizar son: a) interpretar la realidad, b) crítica de lo existente y c) saber instrumental que acompaña a la práctica” (Rodrigo Alsina, 2001: 1). (El subrayado es mío).

En resumidas cuentas no sería un atrevimiento decir que las impuestas codificaciones son producto y son parte de la invención, definición y construcción de la Cultura por el Hombre. Hombre como resultado de las Ciencias Humanas (Foucault, 1986). El Hombre construye una realidad y se permite definir (y no explicar) lo que Él entendió y quiso entender como Cultura. Por ende, como ya se sabe y desde la cuestión explicativa de las mayúsculas: Cultura y Comunicación caen dentro del mismo saco. Se vuelve, entonces, a la cuestión de la indefinición por exceso. García Canclini (2004), iluminado por Melvin Lasky, también necesita un punto de referencia que le permita ver la Cultura desde una mirada que ordene las azarosas multidefiniciones:

Hace décadas que quienes estudian la cultura experimentan el vértigo de las imprecisiones. Ya en 1952 dos antropólogos, Alfred Kroeber y Clyde K. Klukhohn, recolectaron en un libro célebre casi 300 maneras de definirla. Melvin J. Lasky, que evidentemente desconocía esa obra, publicó en *The Republic of Letters*, en 2001, un avance de un libro en preparación para el cual dice haber recogido en diarios alemanes, ingleses y estadounidenses, 57 usos distintos del término *cultura*. La revista *Commentaire* tradujo ese artículo en el verano de 2003 añadiendo que la banalización del término es semejante en francés, al punto de haberse dotado de esa palabra “a un ministerio” (Lasky, 2003: 367).

Es fácil compartir la inquietud de Lasky. Hemos leído ejemplos semejantes a los que él cita: el canciller Schröder explicó su adhesión a Bush en la guerra contra el terrorismo porque no es “una lucha entre culturas sino un combate por la cultura”. Un corresponsal británico en Medio Oriente habla de la “cultura de la Jihad”. El *New York Times* se informa de una “revolución cultural en el interior de la CIA y el FBI”. Y así sigue advirtiendo Lasky sobre los riesgos de que no sepamos de qué estamos hablando por la dispersión de las referencias a las “culturas empresariales”, la “cultura de la incompetencia” y una serie de sub, infla y contraculturas. Este autor se escandaliza por apenas 57 variantes y vuelve a mostrar su pobre información cuando atribuye el origen del “zumbido ensordecedor” producido por esta proliferación de significados a dos hechos: que los marxistas hayan comenzado a hablar de “cultura capitalista”, y que los antropólogos usaran, desde el libro de Sir Edward Tylor, en el propio título, *Primitive Culture*. “Por definición, sostiene Lasky, la cultura no podría ser primitiva” (Lasky, 2003: 369 en García Canclini, 2004: 30).

Sin duda, un *entremedio* (*in-between* en palabras de Homi Bhabha) de las inconciliables definiciones en torno a la Cultura se puede desprender de los postulados que Rodrigo Alsina (1999 y 2001b) expone al referirse a una ágil, activa y –en concordancia con las ideas libre apellidadoras de UNA disciplina

como universal– mestiza² *comunicación intercultural*. “Aunque en la actualidad hay una notable producción internacional en este campo, no puede decirse que sea un área de estudio definitivamente consolidada” (Rodrigo Alsina, 2001b: 68). Para este autor (1999), además, lo intercultural se refiere a la dinámica que se da entre diferentes comunidades con sus respectivas culturas y la posibilidad que tienen éstas de crear espacios en conjunto sin dejarse minar, en principio, por los dominantes poderes de turno. Bajo este prisma, la cultura se escapa de una definición trascendental e impulsa su estudio y análisis desde distintas “realidades” que no, necesariamente, pasan por sentidos comunes (o comunitarios) ni ordenes estipulados por grupos de autoridad. Fuerzas reductoras que buscan lo “mono” o “uni” frente a lo “inter” y velan por una identidad construida y levantada a partir de las diferencias con y a lo distinto (lo Otro).

Entonces, desde las proyecciones “inter” de lo cultural se puede estimular una descompensación de la propia Cultura (como construcción), en miras de un indisciplinamiento e insubordinación de la misma para que, al igual que la comunicación, no tenga que actuar supeditada a códigos que imponen realidades estereotipadas de lo cultural, articulando, con esto, espacios *inter-entre-medios* donde fluyen sentidos dispares, indefinidos y diferentes que permitan *deconstruir* lo determinado como “real”.

La comunicación intercultural en el devenir cultura y comunicación desarticula las lógicas del poner “en común de la tradición” y precipita espacios intermedios, *líneas de fuga* que estimulan pensamientos del *entre*. “*Entre*-pensamientos que enaccionan como contrapensamientos, dispuestos a transgredir las normas de las ciencias humanas y de la razón que ordena el discurso de la Comunicación” (Silva Echeto y Browne, 2005b: 18). En pocas palabras, éstas son las re-lecturas de la comunicación y la cultura estimuladas, inicialmente, por estrategias interculturales y a través de un ejercicio nómada y deconstructivo que soporta maniobras “contraculturales” para potenciar un nuevo *cambio de episteme*. En este caso, “contra” la construcción social de realidades y sus consecuencias virtuales a través de los medios...

2. Desde una mirada que se escapa de los esencialismos y universalismos, Rodrigo Alsina (2001a: 2) se acerca a la noción de mestizaje a partir de una mezcla de elementos de distintos orígenes, asegurando que la mirada esencialista es ciega y miedosa, ya que “(...) oculta que toda cultura es un producto que se está haciendo permanentemente, a partir de la mezcla de elementos de distinto origen (...) Es cierto que los contactos interculturales, aun en las situaciones más esporádicas, ninguna de las dos partes queda intacta del encuentro. Pero si se considera que nuestras identidades culturales también se enriquecerán con las aportaciones culturales y religiosas de las personas de otras culturas, esto es mestizaje”.

(De)construcción de la (ir)realidad como actualidad

Desde el amplio ámbito de las tradiciones de la comunicación y de la cultura, se podría decir que uno de los grandes constructores sociales de realidad son los medios... Recuperándolo desde una tribuna que aún no asume la potencial asunción de las eras del control³, Manuel Ángel Vázquez Medel (1998: 221) precisa que “En una palabra: (...) nuestras imágenes de la realidad social provienen de los medios de comunicación”. En Occidente, el periodismo partidista ha hipertrofiado la actividad de la prensa, dejándola en manos del mercado y de las empresas multinacionales (a veces de la disciplina del Estado), “(...) sobre los medios de comunicación como constructores del imaginario social, como parte activa de la construcción de la ‘realidad social’, como constructores sociales de la realidad” (*Ibidem*: 212)⁴. Además y como sostiene Rodrigo Alsina (1989: 171), “(...) no siempre el reflejo de la realidad que recoge la prensa es verdadero o fiel”. Es decir, los medios y la prensa en general pueden (de)velar noticias que no, obligatoriamente, son representaciones de ESA, única y supuesta realidad. Para Gonzalo Abril (1997), dicha evidente construcción de la realidad es una reproducción de un orden establecido que favorece a un sector dominante de la sociedad y que, permanentemente, está probando nuevos experimentos para no perder su lugar de supervisión y autoridad.

Resistiendo a las construcciones de realidad mediáticas y a modo de ejemplo, el periodista polaco Ryszard Kapuscinski (2005: 2) precisa que cuando estuvo en la masacre de Ruanda en 1994, “(...) llegaron muchos periodistas conectados por *e-mail*, por teléfonos, que no veían qué pasaba allí. Ellos llamaban a sus jefes en Nueva York, Londres, Madrid, y éstos les decían: ‘necesitamos confirmar esto..., tenemos la noticia de que en...’. Ahí ya no eran independientes, ya no eran reporteros, sólo seguían órdenes de sus jefes que ni siquiera sabían dónde quedaba Ruanda”.

3. “Foucault situó las *sociedades disciplinarias* en los siglos XVIII y XIX; estas sociedades alcanzan su apogeo a principios del siglo XX. Operan mediante la organización de grandes centros de encierro (...) Se trata de las *sociedades de control*, que están sustituyendo a las disciplinarias” (Deleuze, 1996: 277-178). Las sociedades de control serán expuestas en las próximas páginas de este trabajo.

4. Interesados por el papel del conocimiento en la sociedad, Peter Berger y Thomas Luckmann (1968) publican, desde la sociología del conocimiento, el libro denominado *Construcción social de la realidad* y sobre esta noción precisan: “El interés sociológico en materia de ‘realidad’ y ‘conocimiento’ se justifica así inicialmente por el hecho de su relatividad social. Lo que es ‘real’ para un monje del Tibet puede no ser ‘real’ para un hombre de negocios norteamericano (...) Se sigue de esto que las acumulaciones específicas de ‘realidad’ y ‘conocimiento’ pertenecen a contextos sociales específicos y que estas relaciones tendrán que incluirse en el análisis sociológico adecuado de dichos contextos” (2001: 15).

Como se puede observar a partir de la experiencia de Kapuscinski, desde su gestación en el campo de la objetividad científica de la modernidad, el periodismo esconde sistemas de disciplinamiento informativo. Hoy en día, como consecuencias de los “encierros espacio-temporales” y basándose en impuestas objetividades “subjetivizadas” funda sus acciones en controladas pirotecnias del simulacro, “(...) el efecto de verdad de esta no verdad producida por los mass media es fuerte porque están encubiertos la mayoría de mecanismos de producción (...) Se da un flujo falseado de la realidad” escribe Rodrigo Alsina (1989: 166 y 172) al desmenuzar una de las críticas a la objetividad periodística. Para este autor una objetividad planteada así, no es -valga el pleonasma- objetiva y argumenta que algunas argucias de la prensa capitalista aíslan “(...) determinados hechos reales en sus noticias, cortando las raíces que los afirman en toda la realidad, prohibiéndoles a sus reporteros pronunciarse sobre ellos...” (Taufic, 1976 en Rodrigo Alsina, 1989: 172) y dejando en manos de la jefatura del medio –como en el ejemplo de Ruanda– la opción de orientar la interpretación que se desee, en favor de sus intereses económicos y políticos.

¿Se puede, entonces, hablar directamente de realidad y de objetividad?

En consecuencia y releendo desde los nuevos tiempos la propia noción de realidad (Berger y Luckmann, 2001; Vázquez Medel, 1998 y Rodrigo Alsina, 1989), la mediación de los medios se pierde en la noche de los tiempos y da paso a una in-mediación, donde lo mediático suplanta a los hechos (*artefactualidad* en la estrategia derridiana) y, por su parte, la actualidad reemplaza a la realidad/historia (*activirtualidad*)⁵. Para Gilles Deleuze (1996) la televisión y luego el video no pudieron reemplazar a la estética del cine, en la medida en que se convirtieron principalmente en tecnologías de control: en cámaras y pantallas por todas partes... “Todo –se diría entonces–, y aun la violencia; el sufrimiento, y la guerra y la muerte, todo está construido, ficcionalizado, constituido por y con vistas a los dispositivos mediáticos...” (Derrida, 2004: 3) y envuelto en el “ingenuo” halo del simulacro y el artificio.

5. “(...) dos rasgos (...) designan lo que constituye la actualidad en general. Podríamos arriesgarnos a darles dos sobrenombres generales: *artefactualidad* y *activirtualidad*. El primer rasgo es que la actualidad, precisamente, está *hecha*: para saber de qué está hecha, no es menos preciso saber que lo está. No está dada sino activamente producida, cribada, investida, performativamente interpretada por numerosos dispositivos *ficticios* o *artificiales*, jerarquizadores y selectivos, siempre al servicio de fuerzas e intereses que los ‘sujetos’ y los agentes (productores y consumidores de actualidad (...)) nunca perciben lo suficiente. Por más singular, irreductible, testaruda, dolorosa o trágica que sea la ‘realidad’ a la cual se refiere la ‘actualidad’, ésta nos llega a través de una hechura ficcional” (Derrida, 1998: 15).

En dicho juego, los medios de comunicación se transforman en *constructores* de (ir)realidad (o actualidad) y en uno de los aparatos contemporáneos más activos en la edificación de verdades ficcionalizadas que, continuando con Deleuze (1996: 279), sostienen a las apremiantes y multifacéticas sociedades de control: “Los encierros [disciplinarios] son *moldes* (...) mientras que los controles constituyen una *modulación*, como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante...”. Ya no sólo el periodismo apoya en y desde los medios de comunicación a los moldes del encierro tradicional (como constructores sociales de la realidad), sino que a las modulaciones que instan a verter en actualidad la propia realidad [como (ir)real]. “En la información, la ‘actualidad’ es espontáneamente etnocéntrica, excluye lo extranjero, a veces dentro del país, antes de toda pasión doctrina o declaración nacionalista, y aun cuando esas ‘actualidades’ hablen de los ‘derechos humanos’” (Derrida, 2004: 3).

En este contexto, los medios pueden llegar a publicar hechos sintomáticos de los tiempos del control y sujetos -más allá de lo deleznable de la decisión informada- a una (ir)realidad vinculada con el “todo vale”. Lo publicado ya no molesta, ni sorprende: ¿parte de la alienación de los nuevos tiempos? Alienación que ya no pasa, necesariamente, por las píldoras del *Fahrenheit 451* o el rostro imponente del “Big Brother”, sino que se engancha, desde las simulaciones de la artefactualidad, por y con los medios de comunicación.

En coherencia con los espacios intermedios que habilitan comunicaciones interculturales, se puede distinguir, como alternativa a este agobiante periodismo de “actualidad”, una opción que se aproxime a otra forma de hacer periodismo. Un *periodismo intercultural* como estadio crítico para una comunicación indisciplinada. La idea, desde este punto de vista, es desarrollar iniciativas que transgredan las lógicas del control que se imponen desde productos informativos activirtualizados y abrir estrategias de disidencia y dialogismo a partir de la creatividad periodística-comunicativa. El periodismo como un espacio *entre* que desdibuje las imposiciones del mercado y del Estado y cuya traducción primordial se vuelque en y desde los medios de comunicación.

Miquel Rodrigo Alsina y Catalina Gaya Morla (2004: 2) exponen que gran parte de las “construcciones” de otras culturas pasan por los propios periodistas o trabajadores de medios. “Pensemos que de forma más o menos explícita, en muchas ocasiones, en el imaginario cultural, el otro es construido como un ser incompleto. De alguna manera el diferente se nos muestra como un ser deficiente”, estereotipando a los Otros, a los ajenos por su diferencia.

Dichos estereotipos pasan por remarcar un color de raza⁶, siempre y cuando no sea “blanco” el protagonista de la noticia en cuestión. Sami Nair (1996: 127) lo explica con mayor detención al indicar que los Otros, habitualmente, se circunscriben a un color, un alma, una identidad identificable y reconocible relacionada con una “realidad” geográfica y poseen una definición étnica particular: color de piel, de cobrizo a negro, incluyendo amarillo: “Porque la cultura-mundo es blanca, como Dios por lo demás”.

Otro ejemplo reciente, en este mismo ámbito, fue la publicación en el diario danés *Jyllands-Posten* (septiembre, 2004) de doce caricaturas de Mahoma, donde en una de ellas figura con un turbante y en el interior de éste una bomba. La publicación –que tiende a generalizar a todo musulmán como terrorista– trajo nefastas consecuencias interculturales: “Meses después, en enero de 2006, en varios países musulmanes se quemaron embajadas, hubo muertos, más de un centenar de detenidos y se llamó a boicotear la compra de productos daneses” (Silva Echeto, 2006a: 29). Este tipo de secuelas despiertan acciones como la siguiente, también avalada y difundida por la prensa del momento (ver Imagen 1):

Las sociedades de control y la complicidad in-mediata de los medios de comunicación hacen presentar la noticia arriba expuesta sin mayores inconvenientes y dentro del marco de la “legalidad”, dando a entender que el argumento de Bush Jr. y su “Ley Patriótica” le permite sumergirse en lo más privado de cada uno de sus ciudadanos. Justificando, con y por lo menos, la obsesión por cuidar el territorio frente a los acechos de los enemigos (musulmanes) y, a su vez, para expandir su “exitosa” campaña del terror/temor: “(...) porque es vital para la seguridad nacional (...) En la guerra contra el terror, no podemos permitirnos el lujo de estar sin esta ley ni por un segundo” (Bush en *El País*, 2005: 9).

En Chile, el asunto tampoco es menor. El desvelo de la Presidenta Bachelet y su equipo por instaurar un “Ministerio de Seguridad Pública” es una prioridad donde los medios de comunicación –estimulados por los poderes económicos de la derecha– han creado un clima de pánico entre los, principalmente, habitantes de Santiago. Así lo plantea, como segundo ejemplo de

6. “Con este constructo la ciencia consiguió crear la realidad de las razas y, lo que es más importante, condicionar la mirada de las personas hacia determinados rasgos somáticos, que eran los rasgos distintivos de pertenencia a una raza determinada (...) Pero tengamos en cuenta que esta percepción es tan arbitraria y convencional como podría ser fijarse en la altura o en el color de los ojos para establecer la raza de los altos y la raza de los bajos o la raza de los ojos azules, de los ojos verdes, de los ojos negros, etcétera” (Rodrigo Alsina, 2001: 73).

EL PAÍS, domingo 18 de diciembre de 2005



El presidente de Estados Unidos, George W. Bush, da una rueda de prensa en la Casa Blanca. / ASSOCIATED PRESS

Bush admite que ordenó espiar a sus ciudadanos

El presidente de EE UU critica a los senadores que no han prorrogado la Ley Patriótica

Imagen 1

esta propuesta, el quincenario capitalino “El Periodista” (30 junio 2006) en la portada de una de sus últimas ediciones: *Chile el país del pánico*, deslizado, a modo de bajada, que los medios de comunicación –por falta de noticias de interés– han impulsado y priorizado este tema en sus pautas de trabajo:

Con lo anterior, se pueden potenciar ciertos esbozos que se han planteado en relación a la *irrealidad de la realidad*; y, en este campo, se ha tratado de demostrar cómo la primera de éstas, principalmente en el área de los medios y las comunicaciones, no ha logrado soportar el peso del control economopolítico y sus reconocidos vicios. Por lo mismo, la alternativa no pasa en estos momentos por retomar la conceptualización que descansa en una construcción social de la realidad, sino que reclama vislumbrar una *estrategia deconstructiva* (Derrida, 1971) que habilite un ejercicio de deconstrucción de dichas (ir)realidades envueltas en halos artefactuales y actuvirtuales. Para deconstruir es necesario saber cómo se hacen y quién hace lo diarios, los periódicos, los programas de radio y televisión. “Algunos periodistas hacen esfuerzos meritorios para escapar a esta ley pero, por definición, nunca se hace lo suficiente, y esto no depende en última instancia de los periodistas profesionales” (Derrida, 2004: 3).



Imagen 2

Según Jacques Derrida (2002: 12, 13 y 19) la deconstrucción se explica “(...) como derecho incondicional a plantear cuestiones críticas no sólo a la historia del concepto de hombre sino a la historia misma de la noción de crítica, a la forma y a la autoridad de la cuestión, a la forma interrogativa del pensamiento (...) la deconstrucción (...) tiene su lugar privilegiado dentro de la universidad y de las Humanidades”. La deconstrucción, al igual que las estrategias propuestas inicialmente para explicar la comunicación hoy en día, se resiste a una “definición definitiva” y una de sus funciones es, al mismo tiempo, producir una nueva serie de postulados liberados de los reiterativos métodos estructuralistas que descansan en órdenes y “órdenes del discurso” de la objetivación y su futuro accionar controlador.

Hacia una *deconstrucción* de las comunicaciones y la crisis del Estado

Como se expuso en el primer apartado de este trabajo, las comunicaciones –a través de impulsos interculturales– pueden desligarse, en su teoría y práctica, de los aparatos restrictivos de la objetividad (sedentaria) y dar paso a nuevas estrategias de las subjetivaciones (nómadas). Como también y como paso posterior, resistir a los embates de los caprichos del control y sus directas influencias en artefactualizados y actuvirtualizados medios.

La deconstrucción, como ya se anunció, rompe con la tradición de la modernidad y habilita espacios de ruptura y pensamiento ajeno. La deconstrucción permite “pensar sin”⁷ y observar el entorno desde la diferencia (*différance* en la perspectiva derridiana). Con esta visión, las fuerzas de la *différance* se vuelcan en torno a la crítica sistemática de la artefactualidad y la actuvirtualidad y desde la misma proponen una “mirada otra” del ejercicio informativo-comunicacional a partir del re-accionar de estas variables:

Al llevar lo más lejos posible una deconstrucción de la artefactualidad, hay que hacer, por lo tanto, todo lo que esté a nuestro alcance para prevenirse de ese neoiidealismo crítico y recordar no sólo que una deconstrucción consecuente es un pensamiento de la singularidad, por ende del acontecimiento, de lo que conserva de irreductible, sino también que la “información” es un proceso contradictorio y heterogéneo; puede y debe transformarse, puede y debe servir, como lo hizo a menudo, al saber, la verdad y la causa de la democracia venidera, como a todas las cuestiones que entrañan. Por más artificial y manipuladora que sea, no puede no esperarse que la artefactualidad se rinda o pliegue a la venida de lo que viene, al acontecimiento que la transporta y hacia el cual se transporta. Y del que aportará testimonio, aunque sea en defensa propia (Derrida, 2003: 3 y 4).

Este es uno de los posibles giros deconstructivos de la artefactualidad que alienta una gestión indisciplinada e indefinida de las comunicaciones y la cultura. Gestión que se cansa de entender lo “in” de la disciplina y de la definición como resultado de lo occidentalmente establecido y como parte del mundo de lo oscuro, negado y *nictomorfo*⁸. La indefinición y la indisciplinada, por tanto y en el campo de las comunicaciones y el periodismo, revitalizan ámbitos nomádicos de lo contracultural, lo antisistémico y lo antimetódico. La idea, con este paso, es entablar un nuevo diálogo entre quienes han permanecido en los márgenes de los aparatos de difusión desde una alternativa que apuesta por las “noticias” que nunca, de acuerdo a los cánones comerciales, son noticias. En esta labor dura –pero dignamente rescatable– se encuentra un grupo de periodistas de Valdivia (X Región, Chile) que, por el momento y fuera de las lógicas de la irrealidad, levantan un periódico desde la óptica plural de *El Ciudadano*. Aparato de difusión local que hace noticioso lo que no es informativo para los medios tradicionales, cubriendo los lugares y los hechos

7. Véase Lewkowicz (2004).

8. Para el antropólogo Gilbert Durand (1981: 113), los *símbolos nictomorfos* se enfrentan al *Régimen Diurno* de la conciencia y de la conformación del pensamiento occidental, sumergiéndose en la oscuridad angustiada de las imágenes de la noche, “(...) la angustia ante el devenir nos ha parecido luego como proyectando imágenes nictomorfas, cortejo de símbolos bajo el signo de las tinieblas en que el viejo ciego se conjuga con el agua negra y, finalmente, donde la sombra se mira en la sangre...”

que superan los caprichos del mercado en el campo de las comunicaciones. Desde su trinchera, *El Ciudadano* propone una nueva estrategia, contracultural, deconstructiva y como escribiría –desde otra tribuna teórica– Juan Jorge Faundes (2000: 1), “(...) revela lo oculto que otros quieren mantener silenciado y, precisamente por ello, necesita ser radicalmente contracultural (...) e instalarse en la perspectiva de la disidencia”.

La disidencia entendida como el marginado que se escapa de los bomberos del *Fahrenheit 451* para transformarse en libro y guardar en sí los contenidos de aquella lectura/escritura. Disidencia de las comunicaciones al enfrentarse al poder del control y despertar del adormecimiento de las producciones del capitalismo, del mercado y de la lógica neoliberal.

La investigación es necesaria para socavar, debilitar, contaminar, denunciar y, en lo posible, destruir la ideología dominante. Se trata de investigar para identificar los recursos y estrategias de la ideología que la clase hegemónica global impone a las grandes masas paupérrimas, explotadas y consumidoras del planeta. Esta nueva “clase social global” está formada por los principales propietarios, accionistas y ejecutivos de las grandes corporaciones globales (multinacionales, transnacionales), su modo de producción es el capitalismo global, su ideología el neoliberalismo global que proclama paradójicamente el fin de las ideologías, su forma preferida de gobierno: las “democracias de mercado” (Faundes, 2000: 1).

Las ya, a estas alturas, tradicionales comunicaciones en la era del control son víctimas de un mercado sin nombre propio, ni identidad que se ha posicionado en y del funcionamiento informativo-periodístico. Las noticias que importan para los medios formales están dictadas por el mercado. Las empresas, a través de aparatos publicitarios y presiones económicas, imponen las pautas de los noticiarios. Con antelación, se presentó el ejemplo de cómo los medios ponían sobre la mesa informativa y la opinión pública las verdades de un país que se asusta, principalmente, a través de las primeras planas y portadas de telediarios que abusan de la prensa roja y amarilla en línea con asesinatos, robos, estereotipos y abusos de poder...

A partir de esta cómoda y económicamente exitosa postura de la prensa actual, surgen algunos cuestionamientos que invitan a pensar –como ya se hizo– en la importancia, trascendencia y responsabilidad que tienen los medios como constructores de irrealidad y, desde otra perspectiva, la verdadera injerencia que, frente a este poder mediático, puede tener un Estado decadente y alejado de las fórmulas de subsidiariedad de antaño. Armand Mattelart (2001: 1) es claro al respecto: “En la década de 1970 comenzó en Estados Unidos una reflexión sobre la articulación entre las nuevas tecnologías de la

información y las políticas gubernamentales, con un doble objetivo: debilitar la tutela del Estado e instalar el modelo liberal competitivo”. Un ejemplo que no tiene desperdicio en este ejercicio mercado-estado-medios de comunicación es el proceso previo y la confabulación que terminó en el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile. Así lo señala Christopher Hit-chens en su libro *The trial of Henry Kissinger* (2001):

Pero el nombre de Allende era anatema para la extrema derecha chilena, varias empresas poderosas (especialmente ITT, Pepsi Cola y el Chase Manhattan Bank) que actuaban en Chile y Estados Unidos, y la CIA.

Este odio se transmitió rápidamente al presidente Nixon, quien tenía una deuda personal con Donald Kendall, el presidente de Pepsi Cola, que había sido su primer gran cliente cuando entró como joven abogado en el bufete neoyorquino de John Mitchell. En los 11 días siguientes a la victoria electoral de Allende hubo una serie de reuniones en Washington que sellaron en lo esencial la suerte de la democracia chilena (...) Las notas de la reunión tomadas por Helms muestran que Nixon no se anduvo con rodeos y dejó claro cuáles eran sus deseos. Allende no debía tomar posesión. “No le preocupan los riesgos. Sin participación de la Embajada. Diez millones de dólares a nuestra disposición, más si es necesario. Plena dedicación, con los mejores hombres que tenemos... Hay que hacer chirriar la economía, 48 horas para un plan de acción” (2001: 2)⁹.

Como consecuencia de esta lectura es oportuno recordar las palabras de Ignacio Lewkowicz (2004) quien invita a *pensar sin Estado*. Estado ausente¹⁰ por la presencia de transnacionales –muchas de ellas ligadas o con gran impacto en el mundo de la comunicación– que en efectivo son las que toman las decisiones e incitan a los medios a (des)informar de una manera conveniente para su bienestar político y, principalmente, económico. La complicidad del medio y la falta de una institucionalidad estatal también se encuentran en la crisis que produjo la instalación de una planta de celulosa en el

9. Sobre la participación directa del diario chileno “El Mercurio” en esta tríada que planea el golpe de Estado, véase: Uribe (2002). Un apartado denominado “Poder político, *poscolonialismo* y comunicación intercultural: afectos y efectos en los 11 de septiembre” se encuentra en el libro de SILVA ECHETO, Víctor y BROWNE, Rodrigo (2006): *Antropofagias. Las indisciplinas de la comunicación* (Madrid, Biblioteca Nueva). En éste se trata con profundidad el tema del golpe de Estado en Chile (1973) y del atentado a las “Torres Gemelas” (2001); ambos acontecieron un día martes 11 de septiembre.

10. “Lo único universal del capitalismo es el mercado. No hay Estado universal porque ya existe un mercado universal cuyos focos y cuyas Bolsas son los Estados. No es universalizante ni homogeneizador, es una terrible fábrica de riqueza y de miseria. Los derechos humanos no conseguirán santificar las ‘delicias’ del capitalismo liberal en el que participan activamente. No hay un solo Estado democrático que no esté comprometido hasta la saciedad en esta fabricación de miseria humana” (Deleuze, 1996: 270).

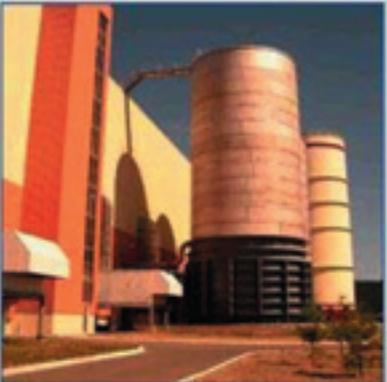
El Diario Austral
de Valdivia

Usted está en : Portada : Crónica Viernes 12 de agosto de 2005

Directorio decide reapertura

La incertidumbre para los trabajadores y contratistas de la planta Valdivia de Celulosa Arauco y Constitución, ya terminó, pues tras 65 días de cierre voluntario, el directorio de la empresa decidió ayer reanudar las operaciones de la industria.

A través de una declaración de prensa, el presidente del directorio de Celco, Alberto Etchegaray y su gerente general, Matías Domeyko, informaron que "en sesión del día de hoy-ayer- el directorio de Celulosa Arauco y Constitución S.A. (Arauco) acordó reanudar las operaciones de la planta de celulosa de San José de la Mariquina, que estuvo detenida por decisión voluntaria desde comienzos de junio de 2005 a la espera de clarificar con la autoridad ambiental regional las condiciones técnico jurídicas que permitan un funcionamiento estable y seguro".



La planta Valdivia reanudará hoy sus faenas.

Imagen 3

sur de Chile. Con altos índices de contaminación comprobados y detectados en el Río Cruces de la Provincia de Valdivia, no fue el Estado –a través de la Comisión Regional de Medio Ambiente (COREMA)– quien decidió la paralización de ésta, sino que ella misma optó por cesar de funcionar. Es una “buena” planta que contamina hasta la saciedad. ¿Cómo vio la prensa local esta decisión? (Ver Imagen 3).

Los ejemplos podrían ser muchos y en distintos lugares del mundo. Situación que desde una crítica a la hegemonía estadounidense, Paul Virilio (1999) denomina *televigilancia global*. Proceso coyuntural donde se puede apreciar que también es pertinente, a partir de las estrategias deconstructivas de las comunicaciones, *pensar sin comunicación* (Silva Echeto y Browne, 2006: 123) y establecer espacios donde, por lo menos y desde una tribuna como ésta, se pueda protestar contra las irrealidades de un sistema disperso que envuelve, engatusa, “sobrepotege” y domina bajo una mercantilización superior al

Estado y a los propios medios de comunicación. Gilles Deleuze (1996: 275) es categórico al respecto diagnosticando, en definitiva, que una de las fuerzas de los tiempos actuales (aliados a la superioridad del mercado) es el poder del control de la comunicación: “Es posible que la palabra y la comunicación estén ya podridas. El dinero las penetra enteramente: no accidentalmente, sino por su propia naturaleza. Hace falta apartarse de la palabra. Crear siempre ha sido algo distinto que comunicar. Puede que lo importante sea crear vacuolas de no comunicación, interruptores para escapar al control”.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIL, Gonzalo (1997): *Teoría general de la información*. Madrid, Cátedra.
- BAITELLO JR., Norval (2005): “Apresentação os medios da incomunicação. A outra face, demasiadamente humana, dos vínculos”, en BAITELLO JR., Norval, SEGURA CONTRERA, Malena y MENEZES, José Eugenio: *Os medios da Incomunicação*. Sao Paulo. CISC y Annablume, pp. 9-11.
- BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas (1995): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Barcelona, Paidós.
- (2001): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- BHABHA, Homi (2002): *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.
- DELEUZE, Gilles (1996): *Conversaciones 1972-1990*. Valencia, Pre-textos.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (2000): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-textos.
- DERRIDA, Jacques (1971): *De la Gramatología*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2002): *La Universidad sin condición*. Madrid, Trotta.
- (2004): “Deconstruir la actualidad”, en *El ojo Mocho*. Revista de Crítica Cultural, Buenos Aires, n° 5, pp. 1-23.
- DERRIDA, Jacques y STIEGLER, Bernard (1996): *Ecografías de la televisión*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- DURAND, Gilbert (1960): *Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a la arquetipología general*. Madrid, Taurus, 1981.
- ECO, Umberto (1974): *Tratado de semiótica general*. Barcelona, Lumen, 1988.
- (1990): *Los límites de la interpretación*. Barcelona, Lumen. 1998.
- FAUNDES, Juan Jorge (2000): “El periodismo de Investigación y la antropofagia global”, en *Sala de prensa*, Santiago de Chile. Disponible en internet (20.01.2002): <http://www.saladeprensa.cl>
- FLUSSER, Vilém (2006): “¿Qué es la comunicación?”, en *Comuniquiatra*. Revista de Comunicación, Semiótica y Estudios Culturales, Valparaíso, Montevideo y Sevilla. Traducción al español de Breno Onetto Muñoz. Disponible en internet (15.09.2006): <http://www.comuniquiatra.org>

- FOUCAULT, Michel (1986): *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI.
- (1994): *Vigilar y castigar*. Madrid, Siglo XXI.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2004): *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona, Gedisa.
- HITCHENS, Christopher (04.03.2001): “Las pruebas contra Kissinger”, en *El País*, Domingo, Madrid, pp. 1-4.
- ISRAEL GARZÓN, Estrella (2004): “Comunicación intercultural y construcción periodística de la diferencia”, en *La iniciativa de comunicación*, Bogotá. Disponible en internet (27.07.2005): <http://www.comminiy.com/la/teoriasdecambio/lacth/lasld-234.html>
- KAPUSCINSKI, Ryszard (2005): “La piel del reportero”, en Revista *Etcétera*, México. Disponible en internet (15.03.2006): <http://www.etcetera.com.mx/pag-64bne58.asp>
- LEWKOWICZ, Ignacio (2004): *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires, Paidós.
- MATTELART, Armand (2001): “La información contra el Estado”, en *Le Monde Diplomatique*, Madrid, nº 21, pp. 1-4.
- NAÏR, Sami (1996): “El otro como enemigo”, en *Inmigrantes: El desplazamiento del mundo*, Madrid, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, pp. 124-137.
- RODRIGO ALSINA, Miquel (1989): *La construcción de la noticia*. Paidós, Barcelona.
- (1999): *Comunicación intercultural*. Barcelona, Anthropos.
- (2001a): “Elogio al mestizaje”, en I.E.S. de Guadarrama – *Educación multicultural / Minorías étnicas*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia. Disponible en internet (25.07.2002): <http://sauce.pntic.mec.es/smarti4/ralsina.htm>
- (2001b): *Teorías de la comunicación. Ámbitos, métodos y perspectivas*. Barcelona y Valencia, Universitat Autònoma de Barcelona, Universitat Jaume I de Castellón de la Plana, Universitat Pompeu Fabra y Universitat de Valencia.
- (2002): “Cómo enseñar teoría de la comunicación... y como disfrutar en el intento”, en *Comuniquiatra*. Revista de Comunicación, Semiótica y Estudios Culturales, Valparaíso, Montevideo y Sevilla. Universidad de Sevilla. Disponible en internet (10.07.2006): <http://www.comuniquiatra.org>
- RODRIGO ALSINA, Miquel y GAYA MORLA, Catalina (2004): “Medios de comunicación e interculturalidad”, en *Cuadernos de Información*, nº 14, Escuela de Periodismo, Facultad de Comunicaciones, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile. Disponible en internet (20.12.2004): <http://www.per.puc.cl/fcom/publicac/cuaderno/14/interculturalidad.html>
- SILVA ECHETO, Víctor (2006a): “Comunicación y construcción de las identidades: las encrucijadas de las fronteras”, en Catálogo de la exposición *Testigos-witnesses*, Cádiz, Fundación NMAC y Chanta, pp. 21-31.

- (2006b): “(In)comunicación de las redes de (in)formación”, en 3º Encuentro Internacional de Comunicación, cultura y medios. Sao Paulo, CISC (en prensa).
- SILVA ECHETO, Víctor y BROWNE, Rodrigo (2005a): “Las indisciplinas de la comunicación. Epistemologías en crisis”, en *Comunicación Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios Culturales*, Sevilla, nº 3, pp. 209-220.
- (2005b): “Comunicación, diversidad cultural y migración. Teorías, principios y perspectivas interculturales”, en *Redes.com Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación*, nº 2, Sevilla, pp. 17-18.
- (2006): *Antropofagias. Las indisciplinas de la comunicación*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- URIBE, Armando (2002): *Carta abierta a Agustín Edwards*, Santiago de Chile, LOM.
- VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (1998): “Los medios de comunicación y la construcción social de la realidad”, en CHAPARRO, Manuel (ed.): *La democratización de los medios*, Sevilla, EMA-RTV.
- VIRILIO, Paul (1999): “Televigilancia global”, en *Le Monde Diplomatique*, Madrid, nº 2, pp. 1-5.